

MUSEO DE  
BELLAS ARTES  
MADRID



NÚM. 126

TIPO DE BELLEZA

PLUMA x LAPIZ

## La piedra filosofal

Ay, Juana de mi vidal —decía Eduardo á su mujer— ¿por qué te habré querido tanto?

—Gracias por el piro-po—le repuso aquélla haciendo un mohín de disgusto.

—No es esto decir que tú no te merezcas todo mi cariño: no tienes desperdicio... en lo que tienes; pero te falta algo para ser mujer completa.

—Pues mira—le arguyó aquélla sonriendo —no lo he notado hasta ahora, ni creo que corroboren tu aserto nuestros hijos.

—No, Juana; no es eso lo que he querido decir: lo que te falta no es prenda alguna física ni moral: en ambos terrenos eres la perfección suma.

—Ahora no es el epigrama sino la lisonja lo que me obliga á darte las gracias.

—Ni te lisonjeo en este momento, ni te zaherí antes: la cualidad que te falta para ser una mujer completa, no depende de ti; pero te falta.

—Y ahora la echas de menos y sientes haberlo notado tarde ¿no es eso?

—Eso precisamente, no: lo que hago es lamentarme de la deficiencia.

—Pero, hombre de Dios: dime de una vez lo que ello sea y no me tengas impaciente: tú, como hombre estudioso, y de mundo al mismo tiempo, debes conocer lo muy curiosas que somos las mujeres.

—Hallo justo tu deseo y me preparo á complacerte; escucha. Dicen por ahí que soy hombre de vastos y profundos conocimientos, y aquí, para entre los dos, presumo que no están muy equivocados.

—Concedido: prosigue.

—Pero no basta tener talento para medrar en el mundo, y convencido hace tiempo de esta verdad, apenas obtuve el título de doctor en jurisprudencia, me dediqué á la política afiliándome en el partido liberal.

—Adelante.

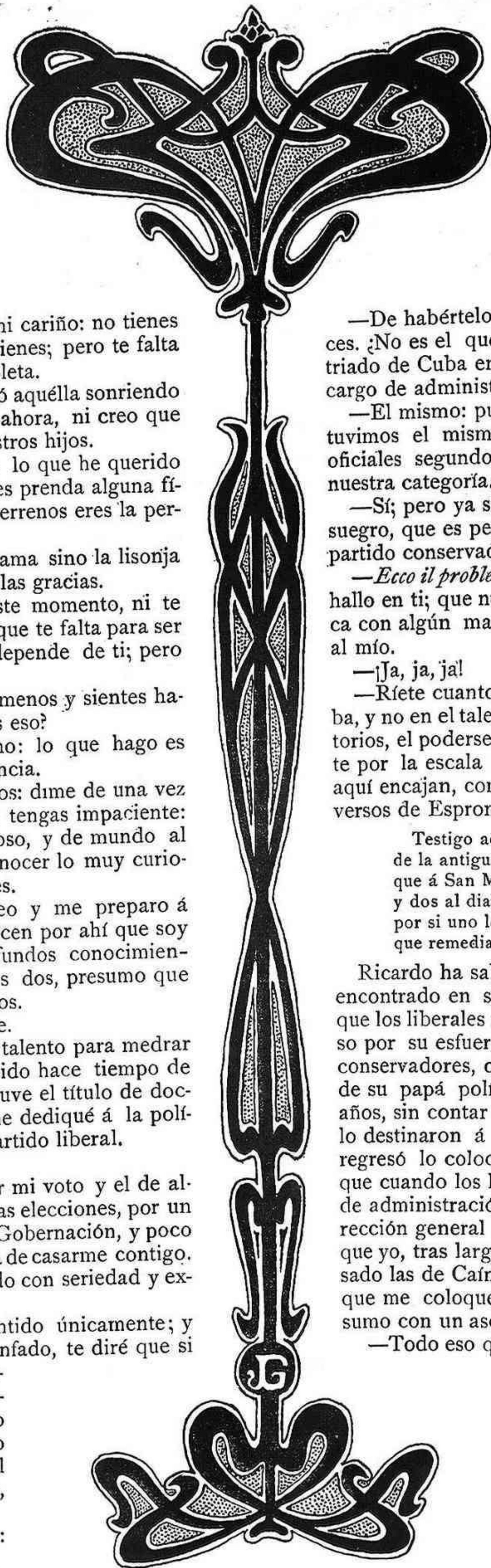
—Empezé por cotizar mi voto y el de algunos parientes, en ciertas elecciones, por un destino de oficial 2.º en Gobernación, y poco después cometí la torpeza de casarme contigo.

Juana miró á su marido con seriedad y extrañeza.

—Torpeza en un sentido únicamente; y para que te se quite el enfado, te diré que si el tiempo y las circunstancias pudieran borrar-se, como intentó hacerlo Fernando VII por medio de un Real Decreto, al hallarte hoy en mi camino, la cometería de nuevo.

—Ya estás buen pez: prosigue.

—En estos diez años de vida matrimonial, he explotado las diferentes etapas del partido liberal en el poder y he podido llegar á jefe de negociado de 2.ª clase.



—Creo que no te puedes quejar.

—¿Cómo que no? y hasta poner el grito en el cielo también.

—No lo comprendo, y menos comprendo aún qué es lo que todo eso tenga que ver con mi deficiencia.

—A eso voy. ¿Conoces á Ricardo Mínguez?

—De habértelo oído nombrar muchas veces. ¿No es el que hace poco regresó repatriado de Cuba en donde había ejercido un cargo de administración de 2.ª clase?

—El mismo: pues bien; Ricardo y yo obtuvimos el mismo día las credenciales de oficiales segundos, y ya ves cuán distinta es nuestra categoría.

—Sí; pero ya sabes que á él le protege su suegro, que es persona muy influyente en el partido conservador.

—*Ecco il problema:* esa es la deficiencia que hallo en ti; que no estás emparentada de cerca con algún magnate del partido contrario al mío.

—¡Ja, ja, ja!

—Ríete cuanto quieras; pero en eso estriba, y no en el talento ni en los servicios meritorios, el poderse encumbrar uno rápidamente por la escala de los destinos públicos; y aquí encajan, como de molde, los siguientes versos de Espronceda:

Testigo aquella vieja  
de la antigua conseja  
que á San Miguel dos velas le ponía  
y dos al diablo que á sus pies estaba,  
por si uno le faltaba  
que remediase el otro su agonía.

Ricardo ha sabido entenderlo; Ricardo ha encontrado en su mujer la piedra filosofal: que los liberales mandan, él obtiene un ascenso por su esfuerzo propio; que mandan los conservadores, otro ascenso por el esfuerzo de su papá político, y esto, de dos en dos años, sin contar el gran salto que dió cuando lo destinaron á Ultramar. Tan pronto como regresó lo colocaron en su clase, y apuesto que cuando los liberales vuelvan será ya jefe de administración de 1.ª y obtendrá la Dirección general de cualquier ramo, en tanto que yo, tras larga cesantía en que habré pasado las de Caín, me daré por satisfecho con que me coloquen en mi actual clase, ó á lo sumo con un ascenso.

—Todo eso que dices es una verdad grandísima; pero dime, ¿me cambiarías tú por la mujer de tu amigo?

—¡Oh! eso, nunca.

—Lo espontáneo de tu exclamación merece un beso: tómalo, y ten en cuenta que la verdadera piedra filosofal no es esa que tú dices: la piedra

filosofal consiste en el amor de la familia y en la paz de la conciencia.

CAMILO MILLAN

# MARGARITA RUBIO

## Historieta de entre bastidores

MUCHA juventud (los diez y siete años), aun más belleza física, no poca intuición artística, y una voz sonora y cristalina que, más que

declamar, cantaba el verso, habían llevado á Margarita Rubio, desde las aulas del Conservatorio de Madrid, á ocupar un primer puesto en compañías de segundo orden, sin necesidad de antesalas en las modestas gerarquías de aspiranta, meritoria y «criada que no habla», ó poco menos.

Era una estrellita naciente que los astrónomos teatrales habían descubierto, y á la que se mimaba y alentaba para que refulgiera cada día más. Modesta y buena hasta rayar en la simplicidad; sin amor propio de ese que las medianías derrochan en los escenarios cuando se trata del reparto de papeles, corazón de niña que la hacía llorar con la mayor ternura y apurarse de veras, con toda su alma, en las escenas tristes de las obras que representaba, fué causa, su hermosura, de atraerla, al mismo tiempo que admiradores entusiastas, implacables enemigos. De tres regulares compañías salió por exigirlo así las respectivas primeras actrices, que no podían tolerar junto á sí tan encantador palmito. ¿Cómo habían de soportar las Ristoris, Meneses, y las Sarahs de *doublé* aquel rápido enfocarse de todos los gemelos del teatro en el cuerpo gentil de Margarita, no bien pisaba la escena; el silencio con que los espectadores se recogían para no perder ni una sola modulación de aquella voz argentina y melodiosa que parecía entrar en los oídos arrullando y haciendo caricias; la risa franca de todo el mundo cuando Margarita se reía, y la honda emoción que sugestivamente repartía cuando lloraba, siquiera fuere de mentirigillas?

De ahí que al compás que aumentaban los que la adoraban, se multiplicase el número de las que la aborrecían.

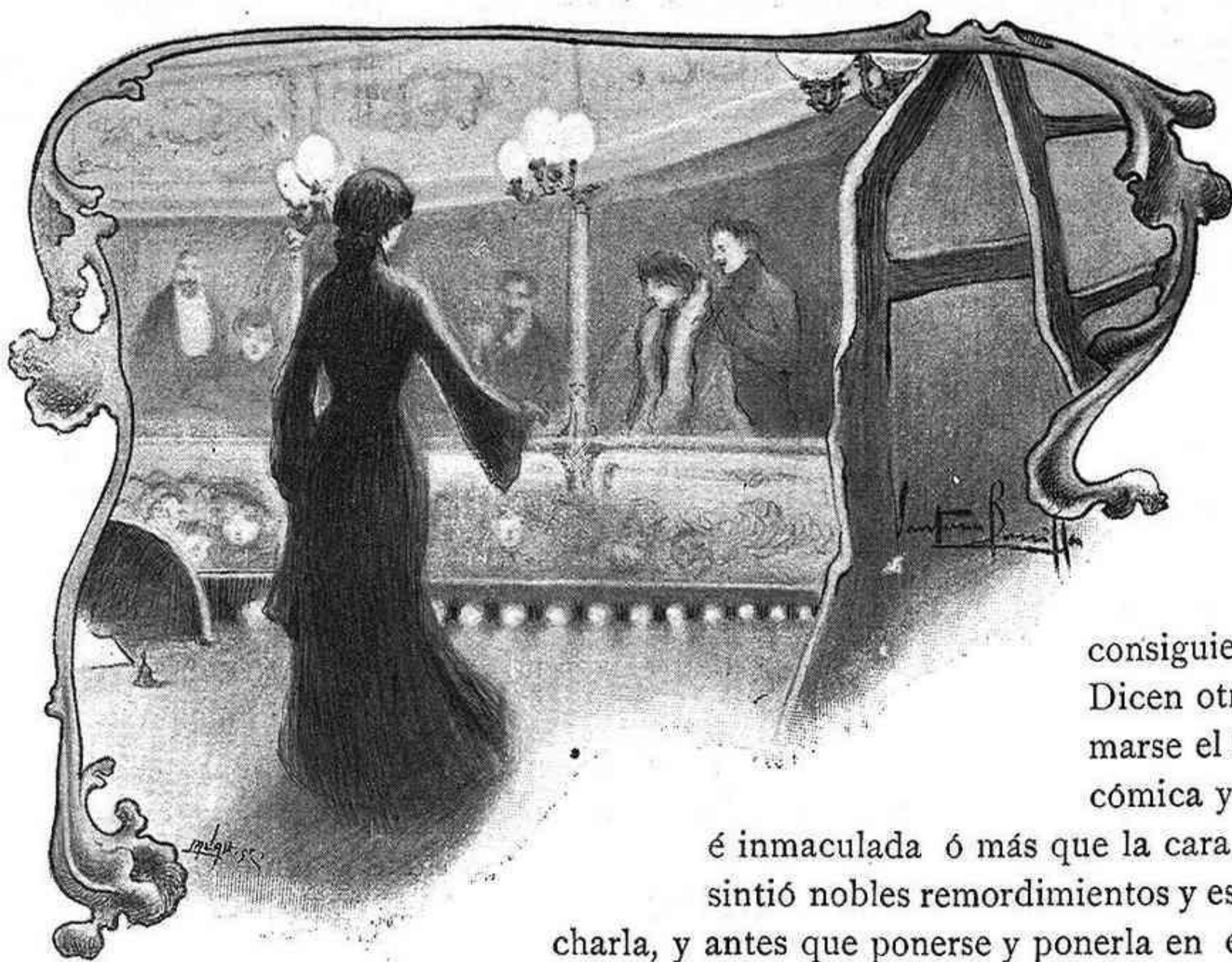
Acertó (y aquí empieza la historieta) á ser de los primeros, un Marquesito imberbe que, según dicen, no durmió tranquilo desde que cierta noche vió á la Rubio trabajar en *Los guantes del cochero*. Hacía Margarita de aquella dama cuyo marido se descarría; y la primera actriz de... la que traía descarriado al marido. Y ambas estaban en carácter. Viendo y oyendo á la Rubio, sentíase el espectador honrado, digno, incapaz de infamia conyugal alguna con aquella esposa angelical y digna de un retablo... Oyendo y viendo á la otra se repugnaba la disolución y el adulterio...

Nuestro Marquesito, que fué de los más convertidos, y que por su posición, podía hacer de su capa un sayo, viéndose vencido por el arte y los atractivos corporales de Margarita, no aguardó ni veinticuatro horas sin declarárselo así á la propia interesada. Y Margarita, sin ser romántica, en el sentido cursi de la palabra, era por naturaleza soñadora, y que cien veces resistió con dignidad proposiciones que la estremecieron dejándola entrever la maldad infinita de los hombres, creyó ver en la manifestación entrecortada del Marquesito, algo puro, algo que la suerte venía á depararla por el camino recto de que no quería ni apartarse, y recibió benévola y complacida la declaración. Aquel mancebo barbilampiño y elegante no tenía trazas de mentir. Era demasiado joven para ser perverso.

Y como la juventud y la apostura del cortejante eran dignas y parejas de la hermosura en todo su esplendor primaveral de la cortejada, pronto pudo jactarse el Marquesito de haber encendido el primero en el pecho de la linda actriz la consabida hoguera del amor.

Las breves relaciones de la Rubio con su idolatrado Adonis, fueron idílicas. Ella, no las concebía de otra manera. El sí; pero, hombre prudente y quizá precozmente *gourmet* en eso de amoríos, no quiso, ó no pudo, precipitar los acontecimientos. Referir punto por punto los dúos de amor que los dos chiquillos se cantaron, haría este articulejo interminable. Baste saber que entre los dos se sumaban los mismos años que vivió Jesucristo; que la temporada fué Abril y Mayo; que el lugar de la acción fué Sevilla, y que el teatro de las representaciones eran las orillas del Guadalquivir y los jardines de San Telmo.

Mas como quiera que (según dice Cervantes) *las cosas humanas no son eternas, yendo siempre en decli-*



nación de sus principios hasta llegar su último fin, aquellas relaciones lo tuvieron.

Disconformes andan los autores respecto de la causa. Aseguran unos que fué por haberse él convencido que machacaba en hierro frío, y que, para pasar á la tierra de promisión, era menester cruzar previamente el mar rojo del matrimonio abonando los

consiguientes portazgos en la Vicaría. Dicen otros, mejor pensados, que al asomarse el Marquesito al alma pura de la cómica y verla tan limpia, tan hermosa

é inmaculada ó más que la cara preciosa en que se reflejaba, sintió nobles remordimientos y escrúpulos para ni intentar mancharla, y antes que ponerse y ponerla en el disparadero, resolvió honradamente retirarse. En lo que tirios y troyanos están de acuerdo, es en que

Margarita fué completamente ajena á la ruptura.

El Marquesito se perdió de vista y se consoló al poco tiempo. Margarita había sido sincera; había entregado sin reservas mentales su corazón entero, y estuvo para morir de pena.

Era incurable su dolencia y no tenía más paliativo, que no remedio, que las lágrimas. Y como las desventuras no vienen nunca solas, el abandono de su novio, tuvo terrible complemento en la muerte de su madre, que vino á dejarla sola en el mundo, y sin más amparo ni defensa, como Margarita decía sollozando, que la patrona de su tierra: la Virgen de la Victoria de Málaga; porque, se me olvidó advertir desde un principio que Margarita era malagueña, y ello me hubiese ahorrado de ponderar su bonitura.

Margarita lloró mucho, y los ojos, con la humedad del llanto, se le hincharon é hicieron mayores y se puso aún más... malagueña de la que era antes; y, no bien quista de las actrices de Madrid, ni sobrada de recursos, casi pobre, timbre de dignidad y de virtud en las hermosas, solicitó contrata. Las compañías estaban ya completas para la temporada de Otoño, y la Rubio, á falta de otra cosa mejor, tras de mil desengaños, tuvo que ingresar en una reata de calamidades que iba á ejecutar por las provincias el género trágico.

La noche del *debut* se anunció con grandes cartelones en todas las esquinas de Jerez. El drama elegido para la presentación de la tropa en que Margarita más que la primera actriz era la excepción, fué el intitulado *La huérfana de Bruselas*. Y ocioso es añadir quien hacía la protagonista.

El público demostró, desde un principio, cuanto le desagradaba aquel conjunto. Después tomó á broma la función, y aumentando progresivamente la tormenta, no consintió que concluyese el tercer acto. Interrumpióse el melodrama, porque la única que había merecido el respeto de los morenos, la que hizo en dos ó tres ocasiones resonar aplausos sinceros en la sala, la Rubio, en fin, se sintió repentinamente enferma, sufrió un síncope y no pudo volver á escena.

¿Fué por la impresión que debió producirla el papel que desempeñaba estando tan reciente la muerte de su madre?... ¿Por verse entre tal



compañía, siquiera á ella se la ovacionara y aplaudiera?...

No. Fué porque, á última hora, la Rubio fijó los ojos en un palco, y vió en él... al Marquesito, acompañando á una muchacha de porte distinguido que bien claramente daba á entender que era la mujer de su antiguo adorador. Y, aquella visión inesperada, dió con Margarita en tierra.

Creyeron los espectadores que el desmayo obedecía á las risotadas con que se acogían los parlamentos, y ansiosos de demostrar que la borrasca no rezaba con ella, la trocaron en salvas de aplausos para Margarita.

Se había echado el telón, pero, las palmadas del público eran tan insistentes, que hubo necesidad de volverlo á levantar. Margarita apareció en el escenario sostenida por dos de sus desventurados compañeros. Estaba sumamente pálida y temblorosa, y apenas podía mantenerse en pie. Con la vista fija en la platea, recinto, al parecer, de una dicha que era su desgracia, avanzó tambaleándose hacia el proscenio.

Pero los implacables juzgadores, que no querían admitir á los dos cómicos ni en calidad de solícitos puntales de la Rubio, rugieron enfurecidos:—¡Sola, solal...

Y aun á riesgo de que el precioso cuerpo de Margarita se desplomara nuevamente, retiráronse los actores, y la Rubio quedó sola como la quería el público.

—¡Así, solal — vociferaban desde las butacas y los anfiteatros.

Y mientras la ovación se prolongaba, el Marquesito, á quien Margarita no perdía de vista, ponía el abrigo á su mujer y se marchaba sin dignarse mirar ni una vez al escenario, sin volver la cabeza...

Margarita, echado definitivamente el telón, se vió por primera vez en la vida absolutamente sola. La había abandonado hasta la esperanza que siempre alimentó de sus antiguos amores. Sonábanle las voces de *sola, sola*, como una maldición que se cumplía inmediatamente después de proferirse...

Y sola volvió á su cuarto, y sola regresó á Madrid, y sola lloró mucho tiempo...

Pero... ya hemos convenido, en que las cosas de este mundo, buenas ó malas, no son eternas. Y en efecto, meses después de aquella representación famosa de Jerez, ya no iba Margarita tan sola por las calles de la Villa y Corte. La acompañaba un hombre muy simpático, no muy joven, pero con cara de bien, que la llevaba orgullosamente y con amor del brazo.

Y á la feliz pareja precedía una nodriza de formas desbordantes que marchaba contoneándose y suministrando el néctar de la vida á un sonrosado muñequillo envuelto entre encajes y tules...

A. CÁNOVAS DEL CASTILLO Y VALLEJO

(Ilustraciones de Santana Bonilla.)



## Tu pañuelo

**E**MBLEMA de tu amor, con un encanto  
que realza el ser tuyo, vida mía,  
aquel pañuelo que me diste un día  
es el que guardo con cariño santo.

Lo llevaré sobre mi pecho en tanto  
retribuya tu amor mi idolatría,  
y cubrirá mi faz en mi agonía  
cual la cubrió para secar mi llanto.

Mientras mi cielo su pureza ostente,  
porque le niegue sombras el reproche,  
en él mis ojos te verán presente;

mas ¡ah! cuando de todo por ti dude,  
ese pañuelo, en mi postrera noche,  
será el dogal que á mi garganta anude.

HORACIO F. RODRÍGUEZ

Santa Fe (R. A.)

# TOTUM REVOLUTUM

Que vamos progresando  
es cosa *indubitable*, indiscutible!  
¿Un autor ingenioso colecciona  
los versos que durante un año escribe?  
Ya se contentará con que un colega  
dos líneas le dedique  
y gracias dará á Dios si algún novato  
—Balart de quince abriles—  
no le llama anticuado y ñoño y cursi  
y no le ruega, en fin, que se retire  
del campo de las Letras y á otro campo  
lo manda á que trabaje y lo cultive.  
¿Anuncia una Academia, un Ateneo,  
sesiones en las que han de discutirse  
cuestiones de Derecho ó de política  
entre hombres de valer, hombres insignes?  
Pues... de tales sesiones, los cronistas  
pocas cosas nos dicen  
suponiendo que bastan  
doce renglones ó catorce ó quince.  
Pero, los limpiabotas—supongamos—  
en tal ó cual salón, ó al aire libre,  
celebran reunión. ¡Hecho importante!  
¡El problema social es lo difícil!  
Dos columnas de notas. Los reporters,  
en su afán de lucirse,  
detallan los conceptos que *vertieron*  
veinte ó treinta *oradores* en el mítin...

\* \* \*

Otro tanto habrán hecho los reporters de Lugo, con motivo de la celebración de una especie de Asamblea de planchadoras.

Estas tratan de que las operarias de su clase, de Lugo y de todas partes, constituyan unas tituladas «Sociedades federadas».

En vez de tal título, creo más propio de ellas las «Ligas».

Por lo demás... me parece muy bien que se reúnan y se ejerciten en la oratoria como tantos noveles parlamentarios.

También entre éstos los hay *con brillo y sin él*.

Y á no pocos se les distingue por un detalle, como á aquellas obreras.

Por las *planchas*

\* \* \*

También ustedes sabrán  
otra nota de ocasión  
que los periódicos dan:  
que las fregatrices van  
á formar asociación.

¿Título de ésta? Al presente  
no lo da ningún papel,  
pero, será lo siguiente:  
ó «La sisa libre» ó «El  
estropajo independiente».

\* \* \*

Diferencias de paladar.

Una comisión de importantes elementos industriales,  
oponiéndose al tan nombrado «trust» del azúcar, va y  
visita al gran Villaverde.

Y sale tan satisfecha la comisión.

Bien; y en tanto ésta asegura  
que él mostró finura grande  
y que es cual azúcar cande  
que se deshace en dulzura,  
fácil es que usted recuerde  
que á Linares como á Toca  
les amargaba la boca  
en nombrando á Villaverde.

\* \* \*

Leo los anuncios de espectáculos.

«Granvía. Hoy: «La pulga». Mañana. Tarde: «La pulga». Noche: «La pulga». Pasado mañana: Idem, ídem ídem...»

Y así todos los días desde hace muchísimo tiempo.

Por si faltaban pulgas  
en Barcelona  
las dan en un teatro  
y á todas horas.  
Rásquense, amigos,  
no sólo la epidermis,  
sino el bolsillo.

\* \* \*

A la Patti, en los Estados Unidos, le dan 60 000 libras esterlinas por cantar una serie de funciones.

—¿A la Patti?—pregunté yo.—Pero *aquella* famosa Patti puede aún con la voz hacer arpegios, gorgoros y trinos? Parece imposible.

Y á eso me dijo un viejo tenorino  
de ópera muy barata:

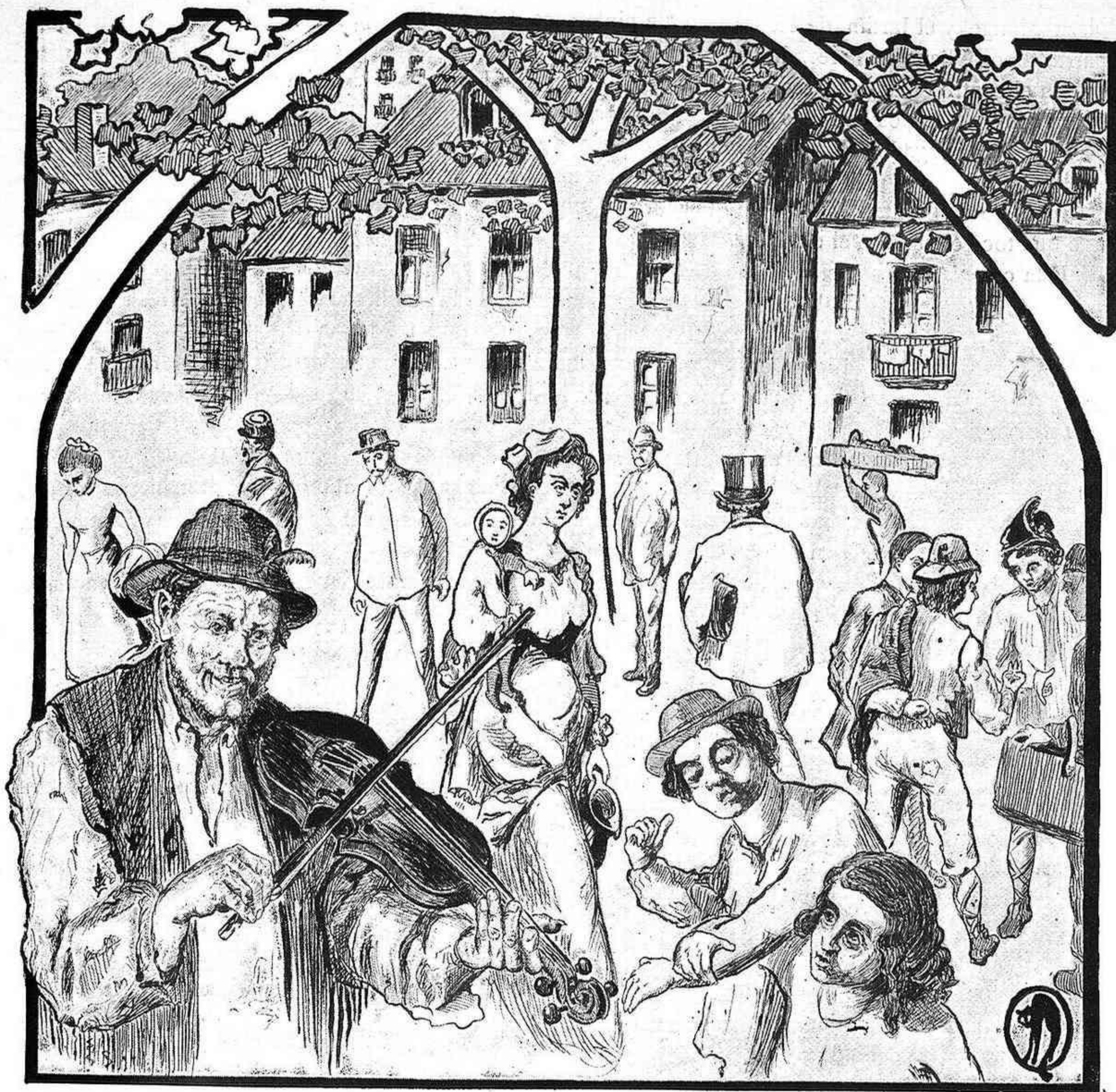
—¿No llevo yo diez años sin contrata?  
Pues bien: ¡También yo *trino!*

\* \* \*

Ea, ya comienza  
la *saison* taurina.  
Demos al olvido  
la cuestión poética.  
¡Basta de Silvela,  
basta de mauristas!

Y hablen los diarios  
de la brava liza  
del *Tiñita chico*,  
*Rorro* y el *Babitas*,  
y otros superhombres  
que usen taleguilla!...

*Julio Martínez Peña*



## CHISMOGRAFIAS PARISIENSES

### Vida plástica

**A**GENCIA de modelos vivos se titula la que ha fundado en el *boulevard* de Clichy un antiguo modelo llamado Socci, y que, al decir de varios pintores llenos de experiencia, está destinada á prestar grandes servicios al arte.

En cambio, es de temer que, con este nuevo sistema de proporcionar modelos para las figuras pictóricas y esculturales, acabe con la hermosa libertad de que hasta ahora han disfrutado los colaboradores más interesantes de los artistas.

Todo el que ha andado por las inmediaciones del Luxemburgo ó por las calles de Montmartre entre siete y ocho de la mañana, ha encontrado alguna vez en su camino á esas tribus de muchachas y chiquillos italianos, cuyos trajes de vivos colores alegran la monótona procesión de las aceras. Siempre locuaces, siempre risueños y siempre armados de enormes paraguas de algodón, pasan indiferentes á la curiosidad que despiertan y á las chuscadas de los pilluelos del arroyo; y vuelven á pasar por la tarde, á la hora en que se enciende el gas, más locuaces y risueños que antes, y sobre todo, más contentos de moverse después del entumecimiento de las largas sesiones de *pose*.

¿Quién no se habrá preguntado qué techo cobija, por las noches, á aquellas joviales comparsas?

Esos italianos no viven dispersos por los cuatro vientos de París. Tienen su campamento entre la

plaza Monge y el Jardín de Plantas, en un pintoresco laberinto de pasadizos y callejones sin salida; barrio sonoro, lleno de flores, de jaulas de canarios y de pingajos tendidos en los balcones.

En el centro de aquella red de callejuelas, la plaza de Linneo se ensancha como una decoración de ópera cómica. Grupos de niños rubios y morenos, de rizadas cabelleras, juegan á las tabas ó á la morra. Con los codos pegados al cuerpo, inmóviles al pie de los árboles, varias mozas hacen vistosas prendas de punto, en tanto que alguna vieja, de cuello de tortuga, va por agua á la fuente, con la cabeza tiesa bajo el peso del cántaro. Completa el cuadro alguna *Mater dolorosa* con su crío al pecho y algún inválido que toca el violín ó el clarinete.

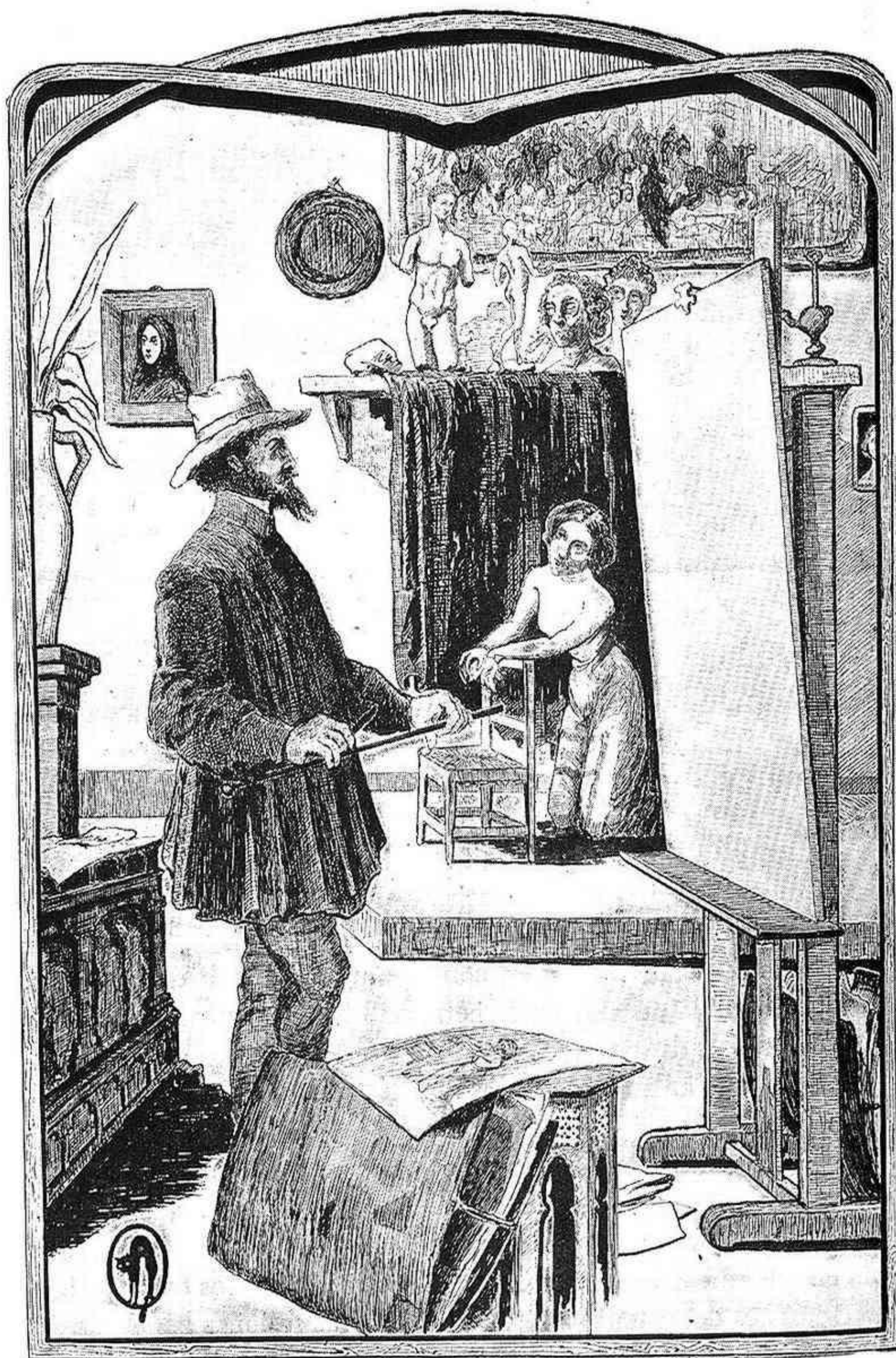
Esta colonia vive principalmente de servir de modelos para obras de arte.

En vano los curas de aldea, allá en Italia, amenazan con la maldición de Dios, en este y en el otro mundo, á los que van á ejercer tan *infame* oficio en ese foco de perdición que se llama París; el deseo de hacer fortuna vence á los escrúpulos. Pero ¡ay! esa fortuna, que antes estuvo reservada á los *empresarios*, parece ahora destinada á las *agencias*. Los antiguos *patronos*, en su mayoría músicos callejeros retirados, que después de haber corrido medio mundo, alquilaban á los campesinos de su tierra los hijos más hermosos, explotaban en París á estas pobres criaturas, mediante un canon anual de veinte ó treinta liras, satisfecho á sus desalmados padres. Pero eso daba lugar á tales abusos, que el gobierno italiano tomó la severa medida de no dejar pasar la frontera á ninguno de sus súbditos acompañado de menores, sin un pasaporte en regla en que constase que viajaba con sus hijos.

Aquella orden no detuvo á la corriente de emigración, pero cambió su carácter. Desde entonces, en vez de enviar sus hijos á París, las familias emigraron en masa.

Sus aspiraciones se limitan á reunir el peculio necesario para comprar, de vuelta á su patria, una casita y un pedazo de tierra; peculio que, á fuerza de orden y economía, suelen economizar en ocho ó diez años.

Los modelos se contratan de Septiembre á Octubre, después del veraneo. Su jornada empieza á las ocho. Las pequeñas tribus hacen su aparición á eso de las siete de la mañana en la montaña de Santa Genoveva, y bajan á escape á tomar por asalto las imperiales de los ómnibus que las conducen á Montmartre, barrio en que vive la inmensa mayoría de los artistas. Los hombres ganan, generalmente, cuatro francos por sesión, y cinco las mujeres. Las sesiones duran de ocho á doce de la mañana, ó de una á cinco de la tarde. El oficio es penoso, sobre todo para las mujeres, á quienes fatiga gronto la inmovilidad. El modelo tiene derecho á diez minutos de descanso por hora, salvo en las actitudes de expresión, ya sea física,





como la danza, ya sea moral, como la angustia ó la risa, en cuyos casos el modelo no puede resistir la fatiga de su actitud más de diez ó doce minutos seguidos.

El modelo que no tiene amor al arte, el que no siente el tipo ó el personaje que representa, sirve mal á la inspiración del artista.

Sería un error el pensar que las modelos son mujeres de vida alegre. Muchas se han forjado un pudor muy digno de análisis. La mayor parte de ellas tienen su novio con quien se casan á los diez y ocho ó veinte años, después de haber servido castamente de modelo desde la infancia.

Las que observan mala conducta son conocidas, mal notadas, y con dificultad encuentran artistas serios que las contraten.

El deseo de conservar la pureza de líneas y la frescura de formas que constituyen la base de su sustento, y, además, cierto instinto particular, muy artístico, que reemplaza al pudor, mantienen á la mayor parte de las modelos en la virginidad.

Los modelos del sexo fuerte suelen adquirir pronto una obesidad que les hace inservibles para el arte, y los que no han sabido economizar el dinero suficiente para abrir una tiendecita de antigüedades ó de productos de Italia, se hacen vendedores ambulantes de figuras de yeso ó cocheros de ómnibus. Del mal, el menos. De no poder entregarse á la vida descansada de tendero, eligen un oficio cuyo movimiento sirva de compensación á la inmovilidad de sus largos años de *vida plástica*.

JUAN B. ENSEÑAT



## A Salud

**A** la iglesia de San Pedro fuiste ayer con devoción, para quitársela á todo aquel que en ella te vió. — ¡Vaya unos ojos, Dios mío! ¡Vaya una cara, Señor! — decían en coro todos y todas sin distinción. Beata hubo que al verte, de gozo se santiguó, porque te creyó, sin duda, celestial aparición. De mí sé que para mí no hubo más altar mayor que el hueco donde tu cuerpo airoso se arrodilló;

que oí completa la misa mirándote con fervor y que le rezé á tu imagen oración tras oración. San Antón, que de los santos fué el más casto pecador, en cuanto te vió llegar al templo pestañeó, y hasta oí que le decía á Jesucristo: — Señor! Si ésta llega á estar entre ellas, cuando el diablo me tentó, San Antón, con ser tan santo, cayera en la tentación. — Pero Jesús, sonriendo, al buen santo contestó:

— Esta ha bajado del cielo; es cebo que mando yo, para redimir al mundo y salvar al pecador, ante la divina hechura de los ángeles de Dios. — No, Salud; que no te manden para nuestra salvación, porque tú, como bien dijo el más casto pecador, hubieras tentado al santo que con más bríos luchó, y... ¡ay! yo sé los pecados que tengo de ayer á hoy!

FRANCISCO JAVIER GODO

Barcelona, Febrero, 1903.

## EL MUNDO AL DÍA

**L**UNES, 16.—Con motivo de la muerte de Legouvé, que ha fallecido á noventa y seis años cumplidos, los partidarios del alcohol y del tabaco han escrito sueltos en varios periódicos de París, burlándose de los entusiastas del agua y de la abstención del cigarro. El simpático y venerable autor dramático no había desdeñado jamás un vaso de buen vino y fumaba á todas las horas del día. Era, además, gran comedor de carne y caza, y á pesar de ello fueron muy pocas las enfermedades que tuvo y ninguna grave. De ahí deducen los no abstinentes que para alcanzar larga vida no es menester sacrificar al paladar, condenándole al régimen del agua. Lo que se guardan de decir es que el señor Legouvé, si usó del vino y del tabaco, no cayó jamás en los abusos que otros. Y sin duda éste es el secreto de su longevidad. Contribuyó sin duda á dársela la afición que sentía por todos los ejercicios corporales, pues hasta una edad muy avanzada montaba á caballo, hacía grandes caminatas y la víspera de su muerte estuvo tirando al florete durante veinticinco minutos.

**M**ARTES, 17.—*The Globe* publica una estadística curiosa relativa á la raza humana. Hay actualmente en la superficie del globo mil trescientos millones de habitantes. Mueren cada año unos treinta y tres millones, lo cual hace que fallezcan unas noventa mil personas por día, tres mil seiscientas por hora, sesenta por minuto, una por segundo. Como puede comprenderse, el número de nacimientos es equivalente, ya que, de lo contrario, no duraría mucho la presencia de la humanidad en este mundo. El término medio de la vida es de treinta y un años. La cuarta parte de los nacidos mueren antes de llegar á los quince. Sólo una octava parte pasa de los sesenta. Existen mil once religiones; hablan los hombres tres mil ciento sesenta y dos lenguas. El número de hombres y mujeres es casi igual. Setecientos ochenta millones de personas no saben leer ni escribir y son pobres más de mil cien millones. De los cien millones restantes, únicamente hay dos millones trescientos mil mortales que puedan llamarse ricos. El resto se compone de gentes acomodadas que las más de las veces dejan de estarlo para confundirse con la clase obrera. Ocho-cientos treinta millones se dedican exclusivamente al cultivo de la tierra. Hay ocho millones setecientos mil hombres y mujeres que han adoptado el es-do religioso; quince millones de hombres son soldados; seiscientos trece mil doscientos médicos se dedican al arte de Esculapio, y en Asia, Africa y Oceanía se cuentan más de un millón de curanderos. A pesar de ellos, la obra de la muerte no se interrumpe; pero tampoco cesa la labor de la vida.

**M**IÉRCOLES, 18.—El tribunal de París anula una donación entre vivos hecha en favor de una mujer que, estando casada, ocasionó la muerte de su amante número dos y la de su esposo, autor de la donación. El tribunal, juzgando que se había portado con la más negra ingratitud, anuló el acto de generosidad del desdichado esposo. Aviso á las señoras ligeras de cascos que no tengan fortuna propia.

—Además de la *Resurrección* de Tolstoi, la obra maestra de la novela del siglo XIX que, puesta en escena después de convertirla en drama, se aplaude

en Francia, Italia y Alemania, se habla en todos los periódicos de dos resurrecciones que no dejan de tener gracia. La primera la ha realizado una joven muy linda, pero muy pobre, que de acuerdo con su marido y para que éste pudiera casarse con una viuda muy rica y un tanto vieja, se hizo pasar por muerta y se fué, efectivamente, al otro mundo... es decir, á América. Como su esposo no cumplió la promesa que le hiciera de enviarle una pensión de seiscientos francos mensuales, ha tenido por conveniente resucitar y el miércoles ha sido la vista de la causa, la cual ha terminado enviando á la cárcel al matrimonio bromista, pues tan culpable han estimado los jueces al marido que aprovechándose de la simulación de muerte contrajo nuevas nupcias, como á la que, prestándose al engaño, favoreció é hizo posible la bigamia. La pobre ex viuda es la que ha quedado en situación más desairada y triste, pues es fama que adoraba á su esposo de mentirijillas.

La segunda resurrección es la de un espadachín famoso de Budapest que mediante la suma de once mil pesetas consintió en batirse con un periodista que debía desafiarse el mismo día con un diputado húngaro. El espadachín quedó oficialmente muerto en el campo del honor, y el periodista, que no era precisamente ningún Cid, gracias á su estratagema se libró de batirse de veras con su adversario del Parlamento. Pero ahora se ha presentado de nuevo el espadachín, con gran asombro de los que le creían difunto y ha dado con ello un disgusto de órdago al colega húngaro, á quien en la actualidad dan una vaya formidable sus compañeros.

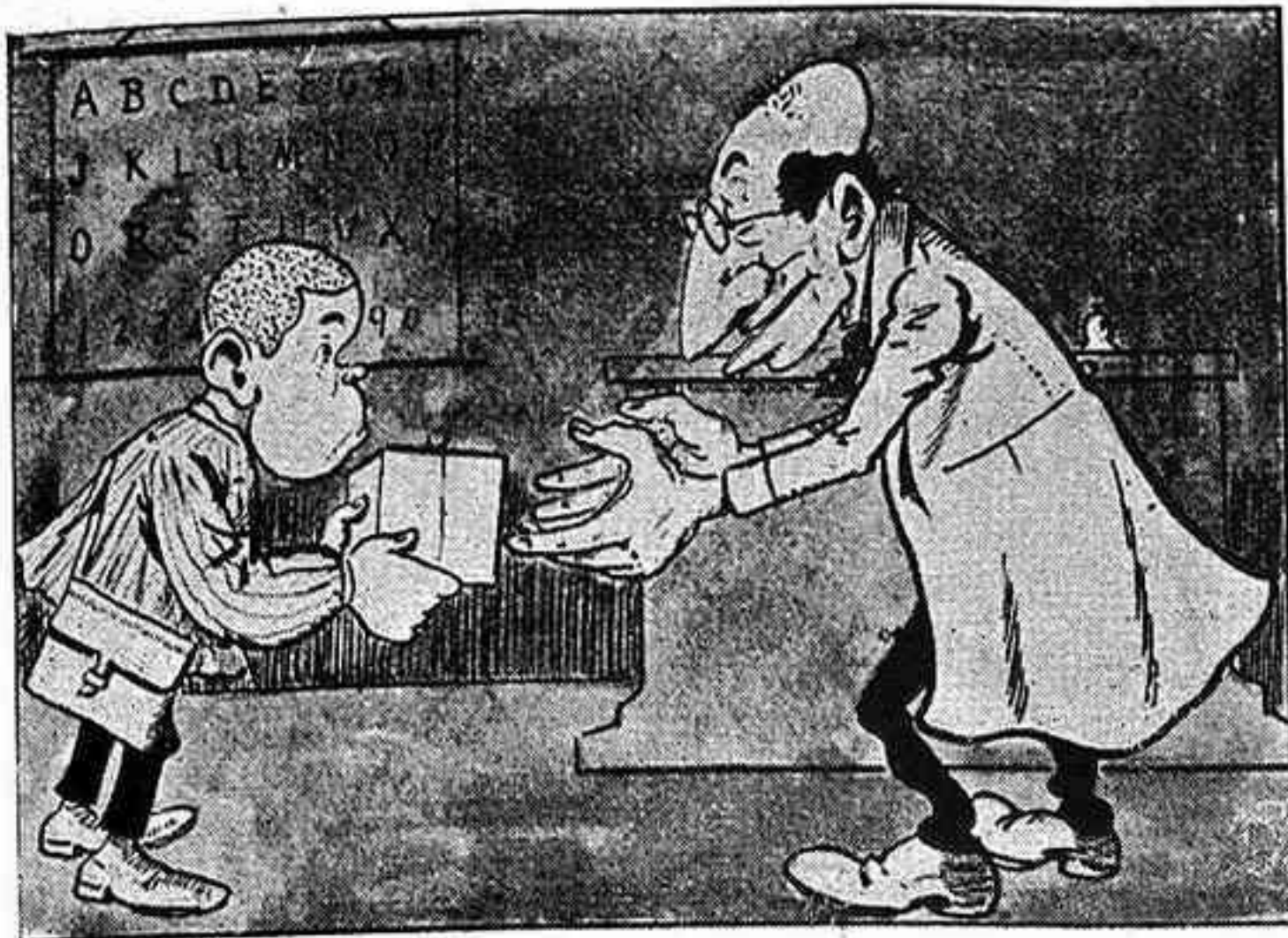
—En Newmark se celebra un desafío de boxe entre el famoso campeón Jonng Corbett y un nuevo boxeador. La lucha se prolongó durante cuarenta y cinco minutos y terminó con un empate de puñadas. Inútil es decir que ambos combatientes quedaron en un estado lamentable. Healy, el nuevo campeón, se promete vencer á su atlético adversario en otra lucha, que es probable que sea definitiva.

**J**UEVES, 19.—Ya hay dos jueces buenos en Europa. El *bon juge* de Chateau-Thierry acaba de hallar un émulo en Italia. Una mujer anciana estaba en la cárcel de Alessa desde cinco meses atrás, acusada de hurto de un haz de leña, recogido en los bosques del municipio. El valor del hurto era de cincuenta céntimos. Al verse la causa, el magistrado, señor Jamnelli, absolvió á la desdichada diciendo que, puesto que había robado porque carecía de leña para calentarse, debía perdonársela, ya que obró á impulsos de una fuerza irresistible. Cuantos presenciaron el juicio aplaudieron al compasivo juez.

**V**IERNES, 20.—Se descubre en Filadelfia una serie de crímenes cometidos por un herbolario negro, Jim Tromkoe, el cual, mediante cien dólares, entregaba á sus clientes unas hierbas venenosas. Hasta ahora se ha podido comprobar veintiséis asesinatos. Se cree que el número de crímenes sea mucho mayor. El negro ha sido reducido á prisión y ahora se busca á todos sus cómplices. Catorce personas, ocho mujeres y seis hombres, han ingresado en la cárcel y todo induce á pensar que el número de detenciones aumentará dentro de poco.

A. RIERA

LO MÁS DURO, por FRADERA



1.— Señor maestro: de parte de mi padre que aquí tiene este regalito por ser hoy sus días,



2.— ¿Ves, Celedonia?... Aun hay quien sabe corresponder á mi ciencia y á mis esfuerzos por la educación,



3.— ¡Caramba y qué duro está esto!.. No se parte ni á martillazos...



4.— ¡Oh, qué ideal... Idea salvadora, idea digna de mí...



5.— ¿Qué traes en ese frasco?  
— ¡El corazón de tu madre!



6.— ¡Ya lo sabía yo!.. No hay cosa más dura que el corazón de una suegra...

Fidel Giró, impresor.—Valencia, 311, Barcelona.

